



Collodi, Carlo (2002) *Las aventuras de Pinocho*. Buenos Aires: Emecé.

### **La revisión de un clásico: una lectura de *Las aventuras de Pinocho***

Mila Cañón<sup>1</sup>

Toda relectura de un clásico es una lectura  
de descubrimiento como la primera.  
Ítalo Calvino

Esta edición de Emecé de *Las aventuras de Pinocho* consta de un prólogo de su traductor Guillermo Piro y utiliza las ilustraciones originales. El prólogo es ameno y hasta divertido, realiza aportes tanto sobre la mirada de la época en que vivió el escritor (1826-1890) como sobre su biografía, e indaga en la novela y sus principales procedimientos de constitución.

---

<sup>1</sup> Prof. y Dra. en Letras. (FH- UNMDP). Dirige junto a Carola Hermida el proyecto de investigación “Prácticas de lectura y mediación literaria: interpretación de las operaciones de la edición y circulación en el campo escolar argentino”, radicado en el CeLeHis (FH-UNMDP). Dirige junto a Carola Hermida *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*. Sus últimos libros son *El campo de la literatura para niños y niñas: miradas críticas*, *Géneros secundario: literatura y canon en la escuela* y recientemente, *Lecturas mediadas*, codirigidos con Hermida. Mail: [macanon@mdp.edu.ar](mailto:macanon@mdp.edu.ar)

Contrariamente a las lecturas descontextualizadas y anacrónicas que leen los clásicos infantiles sin la suficiente perspectiva histórica o forzando marcos teóricos puntuales en la actualidad, es posible releer esta novela, el texto extenso de Carlo Collodi, ilustrado inicialmente por Carlo Chiostri, desde dos operaciones aún hoy productivas.

Al modo barthesiano, esta novela de aventuras puede y es necesario que se lea con *telescopio*, situándola en la Italia del siglo XIX, en esa época y sociedad. Carlo Lorenzini Orzali, cuyo seudónimo es Carlo Collodi, habitó un siglo de cambios increíbles; luego de Charles Perrault, de Hans Christian Andersen en Dinamarca, o de los hermanos Grimm en Alemania, luego del Siglo de Oro español y su picaresca, contemporáneo de Julio Verne, de Robert Stevenson o de Chales Dickens, y luego de la impactante, sólida y compleja publicación de *Alicia en el país de las maravillas* (1865) - que describen un mapeo por los inicios de la novela infantil y juvenil- escribe la historia de un muñeco. En 1883 se publica por primera vez en forma de libro pero antes, como reza la bibliografía, la historia se publicó por entregas desde julio de 1881, bajo el título *Storia di un Burattino* (Historia de un muñeco), en el *Giornale per i bambini*, tarea deudora de la trayectoria periodística, crítica y humorística de Collodi.

Si bien esta novela oscila entre su propósito aleccionador y las aventuras fantásticas con un tinte de humor, es un relato cuyas suspicacias invitan a una nueva lectura. Es verdad que el rasgo didactista ha pregnado en generaciones y generaciones de lectores a través de imágenes que no siempre provienen de su lectura o de la lectura del original, ya que como clásico infantil ha sido objeto – y muchas veces víctima- de numerosas ediciones, traducciones y reformulaciones en diversos soportes y lenguajes sociales y artísticos. Por lo mismo, ha generado una serie de influencias por las que hallamos sus huellas en infinidad de producciones literarias (Cañón, 2012).

Para comprender el tono aleccionador o didactista, que poseía la mayoría de los textos de la época y fue parte de la producción editorial para los niños, es necesario contextualizar la representación de infancia que se construye en cada período y que dirige y organiza la creación de los objetos culturales para niños. Los adultos, según sus representaciones, deciden configurar la infancia, definirla y también cómo “acorrallarla”, como dijera Graciela Montes (1990). Y es necesaria esta perspectiva histórica para revisar libros que con tanta intensidad y persistencia continúan habitando el campo de la literatura y las biografías lectoras.

Ante la invisibilización de la infancia como construcción histórica, entre los siglos XVIII y XIX se expresan cambios fundamentales al respecto: se racionalizan las ciencias, se consolidan los Estados, se desarrolla la industria y el sistema escolar se constituye como espacio en donde se delinea la idea de futuro; así, un tiempo especialmente fundado para los niños es posible. En ese contexto de transición se escribe y publica *Las aventuras de Pinocho*, una novela ilustrada en donde caben la ambigüedad, la indecisión entre el didactismo y las aventuras, entre los pedagogos positivistas pero también los psicólogos constructivistas que plantan ejemplares y nuevas teorías, en donde un muñeco se transforma en niño, en donde la identidad se modifica a través de los procedimientos de lo fantástico: muñeco, burro, tambor, niño. El deseo de Pinocho, un animado muñeco de madera —¿marioneta, títere?— es ser niño, pero las pruebas que debe atravesar, que le exigen los adultos en esta historia, tensionan el relato: “-Verdaderamente – dijo para sí el muñeco continuando su viaje-, nosotros, los niños, somos muy desgraciados. Todos nos gritan, todos nos regañan, todos nos dan consejos.” (87).

Por ello, una actualización del clásico exige una lectura crítica con *microscopio*, que vuelva sobre el texto, su escritura, su estructuración. La tensión de la narración en esta novela se asimila a los malentendidos típicos del teatro de títeres, poblada de extensos

diálogos, se posiciona en el sistema axiológico del relato y propone un plan dicotómico: entre el bien y el mal, entre los adultos y los niños, entre el deseo y el deber. Pinocho quiere pero no puede. El eje de la historia es bastante conocido: en un contexto de pobreza y hambre, un leño animado es tallado como muñeco, un títere que cobra vida propia rodeado de algunos adultos que instalan la voz prescriptiva del deber ser. Pero Pinocho, en cuanto puede, se lanza a la aventura, como cuando, en medio de un debate con su conciencia, se suma a la caravana hacia el País de Jauja donde se queda por cinco meses: “Pinocho, Mecha y los otros niños, que habían hecho el viaje con el Hombrecito, apenas pusieron un pie en la ciudad se lanzaron enseguida en medio de aquella baraúnda, y en pocos minutos, como es fácil imaginar, se hicieron amigos de todos. ¿Quién podía estar más feliz y contento que ellos?” (p. 186).

Su travesía es intervenida tanto por personajes que marcan positivamente su camino, como la voz persistente del grillo parlante que muere y resucita durante la novela o el hada buena que lo protege y alecciona, como por quienes lo engañan —el gato y el zorro— o lo atrapan, tal el Hombrecito que es parte importante de la extensa secuencia en el País de Jauja, ya que lo vende transformado en burro. Todos forman parte de verdaderas aventuras fantásticas que, episodio a episodio, devanan la historia.

En esta novela extensa de treinta y seis capítulos, sus títulos remiten a la picaresca española y organizan la saga; también constituyen un recurso proveniente, seguramente, de su publicación por entregas, como por ejemplo éste: “Pinocho encuentra dentro del Tiburón... ¿a quién encuentra? Lean este capítulo y lo sabrán” (p. 215). Los capítulos muestran procedimientos de encadenamiento que proceden al hilado del relato de aventuras, con sucesivas apelaciones al lector, con el fin de que no abandonen la lectura, tanto al final de cada uno, a través de los títulos, o de extensas re-narraciones que actualizan los hechos para los personajes y para los lectores.

La tensión entre la posibilidad de ser niño, de atender los pedidos solícitos de los adultos y la imposibilidad, motivada por la huida, la rebelión o la libertad, constituyen el motor de la estructuración de esta novela. Una novela de iniciación o de umbral en el sentido de Pablo de Santis (2012) cuando remite a los inicios de la novela infantil. Dos elementos importantes la describen: las pruebas del héroe por diversos espacios que remiten a los orígenes mitológicos del cuento maravilloso, y especialmente, los episodios oscuros y tenebrosos vividos en el seno de la ballena, de la que sale victorioso junto a su padre Gepetto.

La mítica nariz retráctil-eréctil del personaje (“Apenas dijo esa mentira, su nariz, que era larga, le creció de repente dos dedos más”, p. 105), el símbolo visual de esta novela que perdura en la imaginación de generaciones de lectores, aunque se transforma pocas veces a lo largo del texto, no se homologa a la potencia discursiva de las aventuras que se suceden y que en la tensión posible-imposible, verdad-mentira, organizan el relato. Pinocho avanza por los episodios que ficcionalizan maravillosos diálogos, cambios de escenarios, tanto climas fantásticos de terror como transformaciones deudoras del género, citas autorreferenciales que enmarcan la ficción y tal vez ordenan la historia para los lectores infantiles: “Aquel monstruo marino era ni más ni menos que aquel gigantesco tiburón, mencionado muchas veces en esta historia, que por sus estragos y su voracidad insaciable era llamado, el Atila de los peces y los pescadores” (212).

En fin, los clásicos como *Pinocho* imprimen posicionamientos históricos en el campo de la literatura, dibujan un mapa que impacta en los modos de producir y leer en adelante, ineludiblemente; por eso, vale la pena volver a leer en profundidad la novela. Ítalo Calvino, en su *¿Por qué leer los clásicos?* (1992), dice que, insertos en las culturas que han atravesado, los clásicos son aquellos que dejan la huella de sus lecturas; precisamente la lectura y la relectura es la que descubre y confirma la calidad de clásico,

más allá del “ruido de fondo” que la actualidad genera, de las versiones y las reformulaciones que hacen crecer el campo de la literatura para niños y niñas.

### **Bibliografía**

Barthes, R. (1987). *El susurro del lenguaje*. Barcelona: Paidós

Calvino, I. (1991). *Por qué leer los clásicos*. Barcelona: Tusquets.

Cañón, M. (2012). Érase que se era una nariz. Disponible en:  
<https://jitanjafora.org.ar/itinerario1/eraseseerauna nariz/>

De Santis, P. (6 de julio de 2012). Viaje al centro de la fantasía. En: *La Nación*  
Disponible en:  
<https://www.lanacion.com.ar/cultura/viaje-al-centro-de-la-fantasia-nid1487406/>

Montes, G. (1990). *El corral de la infancia*. Buenos Aires: Libros del Quirquincho.